

Concepción de vejez: entre la biología y la cultura¹

Diana Lozano-Poveda²

1 Artículo de reflexión. Recibido para evaluación: 29 de agosto de 2011. Revisado: 31 de agosto a 10 de septiembre de 2011. Aceptado para publicación: 15 de septiembre de 2011.

2 Enfermera, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Magister en Salud Pública, Universidad Nacional de Colombia. Magister en Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Profesora asociada, Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: dl000853@javeriana.edu.co.

Resumen

El presente ensayo propone una reflexión en torno al abordaje conceptual de la vejez a partir del envejecimiento biológico y cultural. De ese modo, se proponen categorías sobre las explicaciones del proceso de envejecer, relacionadas con la distinción de la edad en la sociedad, las teorías del envejecimiento, la subjetividad en la vejez, los conocimientos y prácticas de las transiciones vitales del rito de paso de adulto a anciano. El artículo sugiere la importancia de interpretar la vejez de manera particular en el marco social de su desarrollo, definido en las condiciones de existencia de los ancianos en la vida cotidiana sin desconocer los aspectos biológicos, psicológicos y demográficos.

PALABRAS CLAVE: anciano, envejecimiento, factores de tiempo, controles informales de la sociedad.

CITAR COMO: Lozano-Poveda D. Concepción de vejez: entre la biología y la cultura. *Investig Enferm. Imagen Desarro.* 2011;13(2):89-100.

Conception of Old Age: Between Biology and Culture

Abstract

This paper proposes a reflection on the conceptual approach of old age from the biological and culture aging. Thus, categories about the explanation of the aging process related to the age distinction in society, theories of aging, aging subjectivity, knowledge and practices of the transition rite of passage from adult to elder are proposed. This article suggests the importance of interpreting the aging in a particular way based on the social context of development, defined in the conditions of existence of the elder population in everyday life without ignoring the biological and demographical issues.

KEY WORDS: Aged, aging, time factors, social control, informal.

Concepção de velhice: entre biologia e cultura

Resumo

Este artigo propõe uma reflexão sobre a abordagem conceitual da velhice, com base na idade biológica e cultural. Assim, são propostas as categorias para explicar o processo de envelhecimento relacionado com a distinção de idade na sociedade, as teorias do envelhecimento, envelhecimento conhecimento, subjetividade e práticas das transições de vida de rito de passagem para a vida adulta os idosos. O artigo sugere a importância de interpretar a velhice, em particular no contexto social do desenvolvimento, definido nas condições de existência dos idosos na vida cotidiana sem ignorar os fatores biológicos, psicológicos e demográficos.

PALAVRAS CHAVE: Idoso, envelhecimento, fatores de tempo, controles informais da sociedade.

Introducción

La vejez es un término cargado de implícitos que, en general, causa inquietud asociada con sentimientos de solidaridad, desprecio o indiferencia; pero, a pesar de todo, es una palabra vaga, difícil de delimitar. ¿Cuándo empieza la vejez?, ¿es posible hablar de un viejo por su aspecto físico?, ¿mi vejez empieza cuando estoy con personas de menor edad?, o ¿son los demás quienes un día me definen como viejo? Al respecto Minnois (1) afirma que, el único rito de transición es contemporáneo y artificial (la jubilación), cuyo momento está definido más por razones sociales —especialmente por factores económicos— que por la edad. El ideal o lo esperado se logra en los itinerarios de preparación, producción y retiro (jubilación), es decir, dentro del modelo de la productividad implica ubicarse de manera oportuna y secuencia en cada una de las tres cajas de la vida descritas por Richard Bolles (2).

La problemática sobre la vejez no es nueva: las dificultades para enfrentarla y las actitudes frente a su existencia también han variado dependiendo de los valores culturales y de la historia específica de cada sociedad. Por otra parte, el mismo hecho de la relativa novedad que representa la aparición de la ancianidad durante el siglo XX (3), como un grupo diferenciado en las sociedades occidentales, demanda explicaciones desde una concepción sistémica del desarrollo social que, en todo caso, como afirma Pérez Pereira (4), no se limita a la descripción y secuencia de factores, sino que implica procesos interrelacionados más allá de una simple asociación causal.

La irrupción de la ancianidad en el siglo XX se explica en las complejas interacciones de la vida social e individual, resultado de transformaciones y reorganizaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Por ejemplo, el desarrollo industrial y la concentración urbana de la población han generado formas de vida en las que los ancianos quedan marginados y las necesidades económicas de la población, junto a nuevas formas de producción, obligan a realizar actividades laborales fuera del hogar y, así no queda quien cuide a los ancianos de la familia.

Así mismo, los sistemas económicos han reducido la importancia de la herencia patrimonial, en comparación con las sociedades tradicionales. En consecuencia, se ha perdido el poder económico que los ancianos ejercían sobre los descendientes y a través del cual se hacían cuidar hasta la muerte (5). El conocimiento ya no es un producto de la herencia tradicional, sino que está relacionado con el nivel de información que pueda adquirir una persona, y en ningún caso depende de la transmisión oral que ofrezcan los miembros mayores del grupo. La estructura sociocultural y funcional por edades ha llevado a que los hijos se independicen de los padres y a que se rompa la cadena que

permitía la sucesión familiar regular y la integración de los hijos en esta estructura social.

Estos procesos, entre otros, le han dado relevancia a la estratificación de la sociedad por edades, hasta llegar a convertirse en un sistema de control individual y colectivo, que se evidencia en la aplicación numérica de las personas a partir de su edad cronobiológica, y de los referentes que la sociedad aporta a cada individuo y a cada grupo para que organice su identidad, dependiendo del contexto histórico y cultural en que la persona se desarrolla a lo largo de la vida.

En el caso de los ancianos, esta identidad responde a modelos creados por la administración pública o por diversas instituciones de influencia pública y privada con intereses específicos en favorecer determinado modelo de ancianidad, resultado de la interacción entre factores biológicos y ambientales, los cuales Paul Baltes (6) define como las influencias normativas relacionadas con la edad; factores normativos, relacionados con la historia, y factores no normativos o eventos circunstanciales.

Dentro de este contexto, el presente ensayo pretende aproximarse a los contenidos que van definiendo, desde desigualdades y enfoques analíticos, las diferentes temáticas de interés para el estudio de la vejez en su dimensión biológica, psicológica y social: las teorías del envejecimiento biológico, la subjetividad en la vejez, el abordaje de los conocimientos y prácticas de transiciones vitales, como parte del desarrollo predecible o influencias normativas según la edad (6,7).

Envejecimiento biológico

El envejecimiento humano ha sido objeto de estudio y de preocupación a lo largo de la historia desde aspectos biológicos, psicológicos y sociales. Biológicamente, los humanos comienzan a envejecer desde su nacimiento, pero con ritmos diferentes. La situación social, el modo de vida, el entorno cultural aceleran o retrasan la evolución biofisiológica. Así, no hay una única edad para la vejez, pues son diferentes la edad cronológica, la edad corporal y la edad social. La primera la define el número de años; mientras la social es establecida por la sociedad.

Al respecto, Rowe y Kahn (8) proponen estratificar el “envejecer normal” en dos categorías, envejecimiento exitoso y envejecimiento usual, relacionando los límites de la edad con las manifestaciones propias del proceso de envejecimiento. En el envejecimiento exitoso se observa la alteración funcional atribuible al proceso de envejecimiento; mientras en el envejecimiento usual se observan cambios como resultado del efecto combinado de la enfermedad y el estilo de vida, sumado al proceso de

envejecimiento como consecuencia de la fragilidad presente en el anciano ocasionada por la disminución de la reserva homeostática asociada con mayor riesgo de discapacidad.

Desde el punto de vista biológico, existen diferentes explicaciones del envejecimiento, que coinciden todas en aceptar la presencia de una pérdida progresiva y uniforme del estado óptimo de salud y del vigor, que afecta la mayoría de las funciones fisiológicas, cognitivas, emocionales y del comportamiento. Es, según San Martín (9), innegable el deterioro físico como resultado del proceso de envejecimiento.

El problema conceptual del envejecimiento biológico se enmarca en la biología del desarrollo y la evolución, que se interesa en dos planos diferentes: el individual u ontogenia y el de grupos poblacionales o filogenia. Castañeda (10) resume las posturas teóricas del envejecimiento en dos perspectivas:

- La diferenciación celular, en tiempo y espacio, como resultado de una lectura ordenada y diferencial de un programa predeterminado de expresión génica.
- La evolución biológica, resultado de la interacción azarosa de cambios génicos aleatorios determinados de manera estocástica.

La *edad cronológica* es biológica y se manifiesta con cambios funcionales. En este sentido, el envejecimiento lleva consigo cambios en la posición del sujeto dentro de la sociedad, debido a las responsabilidades que le son atribuidas por la edad cronológica.

Un concepto actual asociado a esta edad es el de *adulto mayor*, expresión utilizada de acuerdo con el criterio adoptado por las Naciones Unidas (11) para referirse a las personas que superan los sesenta años de edad, en los países en desarrollo, y sesenta y cinco, en países desarrollados.

En el 2007, Patricia Alonso publicó en la *Revista Cubana de Salud Pública* (12) el artículo de revisión “Envejecimiento poblacional y fragilidad en el adulto mayor”, en el cual se refiere a los diferentes conceptos de envejecimiento y de fragilidad en el adulto mayor. Concluye que la edad fisiológica está estrechamente unida al proceso de envejecimiento y su relación con las capacidades funcionales, la densidad ósea, el tono muscular y la fuerza del individuo, características que sufren transformaciones con el paso de los años. Por esta razón, un concepto asociado a la edad fisiológica es el de *senilidad*, con el cual se denomina a las personas con deterioro físico o mental, incapacitante para realizar las actividades de la vida diaria.

Sin embargo, prima el envejecimiento social, enmarcado por la historia familiar y personal del viejo, su nivel educativo, la historia laboral y, por supuesto, la clase social a la que se pertenece, sin desconocer la compleja integralidad del ser humano: armonía de sus dimensiones biológica, psicológica y social.

Envejecimiento social

En el marco de la distinción de las edades, en general, diversos autores se han aproximado a la vejez considerando a los ancianos un grupo de población vinculado a problemáticas sociales particulares que viven, trabajan, demandan servicios y equipamientos, consumen bienes y ocupan un espacio, dependiendo del tamaño, la dinámica y la composición de la población.

En este contexto es posible hablar de la edad social, relacionada con las actitudes y las conductas establecidas por la sociedad; así, la edad, al presentarse como una categoría social con marcados fundamentos biológicos, permite considerar la vejez una construcción social e histórica que, según Arber y Jay, posee el significado conferido por el modelo cultural vigente, en términos de los procesos de producción, el consumo de determinada tendencia y los ritmos vitales impuestos por cada sociedad (13).

De este modo, las demandas de los adultos mayores obligan a la familia, a la sociedad y al Estado a producir respuestas para resolver los requerimientos de este grupo de edad. Por tal razón, los estudios que han abordado la vejez desde la dimensión social enfocan su atención en aspectos relacionados con patrones culturales, formas de organización social, actitudes y valores que en el desarrollo histórico se le van otorgando a la vejez y al envejecimiento como significados sociales.

En consecuencia, el concepto de vejez en un grupo determinado obliga a descifrar el significado que esa sociedad en particular le otorga a los símbolos construidos para relacionarse con los viejos y como viejos, construyendo un estatuto de vejez que genera un conocimiento que explicado desde la perspectiva de Elías corresponde a “El significado social de los símbolos construidos por los hombres tales como palabras o figuras, dotados de capacidad para proporcionar a los humanos medios de orientación” (14).

Este conocimiento contiene criterios de competencia y de saber que constituyen diferentes discursos relacionados con la vejez, condicionados por la posición y los intereses de los sujetos que los producen, y ello los legitima como verdad construida en un sistema ordenado de

procedimientos para la producción, la regulación, la distribución, la circulación y la operación de juicios, vinculada con los sistemas de poder (15), lo cual obliga a considerar los sistemas de poder que regulan las prácticas de la vejez en una sociedad determinada e implica el establecimiento de su procedencia, el sistema de diferenciación con otros grupos de edad y las características que definen la vejez como un saber.

Por lo tanto, este saber, según Foucault, es el conocimiento limitado por la posición y los intereses de los sujetos que lo producen, que lo legitiman como verdad, y como vehículo de poder persuasivo es ejercido mediante la legitimación, con lo cual se convierte en elemento político (16), en respuesta ante los conflictos presentes en las relaciones sociales. Ello se evidencia en las normas fijadas por las agencias mediadoras que posibilitan la circulación de los capitales simbólicos y orientan la interacción social de los viejos a partir de sus prácticas de vejez.

Sujetos de vejez

Los enunciados del conocimiento sobre lineamientos para la jubilación, la edad en que debe considerarse alguien viejo y la forma como deben ser cuidadas las personas ancianas se convierte en un saber prescriptivo; igualmente, se reconoce su aplicación cuando es apropiado por las autoridades civiles en la definición de disposiciones y políticas de vejez y envejecimiento.

Así, la circulación del saber y del poder, en la concepción de la vejez, atraviesa las prácticas cotidianas de los individuos y grupos, tanto por los habitantes procedentes de las áreas rurales como por la población urbana, lo que genera tensiones, pues confluyen los conocimientos dominantes con los usos y costumbres de la población. Por lo tanto, aunque el Estado legitime formas de saber y actuar sobre los ancianos como individuos, coexisten códigos y significaciones de la transcripción oculta que, de acuerdo con Thompson, los diferentes grupos sociales van circulando dentro de las instancias sociales (17).

Desde esta perspectiva, el reconocerse sujeto de vejez no solo tiene implicaciones relacionadas con los hábitos de pensamiento impuestos por la sociedad, sino por la interacción individuo-ambiente que, según los postulados de Bronfenbrenner, en su modelo ecológico (18), la persona recibe el influjo del ambiente que, a su vez, es modificado en la interacción de su propio desarrollo biosicosocial; por lo tanto, toda alusión a ella (la vejez) está cargada de nociones morales que afectan a quienes la viven, la aceptan o la desdeñan.

Al respecto, Norbert Elías dice: “Las experiencias de nuestro propio tiempo pueden llegar a insensibilizarnos hasta el punto de hacernos creer que la conciencia es algo connatural a los seres humanos pero, de hecho, la conciencia ha sido conformada por un proceso de civilización en íntima relación con formas específicas de coacciones sociales externas” (19).

Incluso, entre los hábitos de pensamiento que prevalecen en Occidente se encuentran el conocimiento médico y la “naturalización” de las normas del Estado relacionadas con los ancianos, al considerarlos un grupo que requiere atenciones especiales; un grupo diferente, en condiciones de inferioridad por su fragilidad física comparado con otros grupos de edad. Sin embargo, este hábito de pensamiento resulta paradójico cuando se ponen en juego saberes y poderes de diversa índole, aun los de los propios viejos.

Ahora bien, la comprensión de la vejez, desde la subjetividad o mejor la *sujetualidad*, categoría definida por Sergio Trujillo en su texto *La sujetualidad: un argumento para implicar* (20), considera el mecanismo reflexivo de la personalidad, el proyecto vital y social de un individuo que ejerce su autonomía y afectividad que se concreta en la vida cotidiana, al establecer el itinerario vital de las personas, su manera de alimentarse, de vestirse, de relacionarse con los otros miembros del grupo, lo cual exige una división del tiempo y del ritmo en que se desenvuelve la historia de cada anciano.

Dado que la reiteración de estas actividades vitales es fijada en la repetición de ritos, su interpretación puede hacerse en el marco de los planteamientos de Douglas (21) respecto a considerar que la vida moderna está cargada de ellos de manera implícita y los acepta como una actuación natural. Por ejemplo, la prescripción de los modos de vestir de los ancianos según los cánones sociales, los actos de respeto que pueden esperar los abuelos de sus nietos, inclusive la construcción ideológica que pueden tener las personas que conviven con los viejos en cuanto a la ancianidad.

De manera que la concepción de vejez involucra las circunstancias de los ritos de paso, entendidos como los acontecimientos cambiantes en los individuos —y para el caso de la vejez— que definen la transición de adulto a anciano. Aquí son pertinentes los aportes de Turner (22), en cuanto a la conveniencia de identificar la diversidad de espacios, actores, relaciones, mediaciones y conflictos, que se presentan en la vida cotidiana. Así será posible identificar, en cada caso, los elementos y los procesos que afirman o niegan la identidad y dinámica social de las circunstancias.

Turner (22) considera que las acciones sociales adquieren forma mediante metáforas y paradigmas surgidos de la experiencia social

sin obedecer a un plan y que ello da pie a los momentos de transición, con arreglos sociales alternativos surgidos como formas ambiguas e inciertas. Las relaciones de esta transición son indiferenciadas e igualitarias en constante tensión entre individuo y comunidad. Los ritos de paso de adulto a anciano pueden adquirir sentido a partir del sistema de valores, tipologías de individuos, economía, estructura familiar, símbolos y ritos, territorialidad, formas de residencia, vida cotidiana e indiferenciación temporal (22).

De este modo, al referirse a la organización simbólica del mundo de los ancianos, este resulta muy desordenado, porque el principal referente teórico es un ritual desestructurado en sí mismo y desestructurante respecto a los individuos, en cuanto no implica pasar de una categoría a otra, sino que indica el final de una etapa vital sin una reintegración posterior a la sociedad distinta y positiva.

Entre tanto, al aludir, por ejemplo, al rito de la jubilación, que marca en la sociedad actual la entrada a la vejez, implica un estado limítrofe sin retorno, en el que la vida pierde sus finalidades anteriores. Aquí los individuos activos se ven sometidos a una disgregación social, en la cual los códigos que ordenaban el devenir vital pierden sentido, aun en las situaciones en que los individuos los siguen utilizando.

Por otra parte, el mundo simbólico de significantes ligado al ser anciano va experimentando cambios y permanencias, dependiendo del prestigio social de la vejez y de la acogida por parte de los mismos ancianos. Cuando el viejo era un signo de respeto, sabiduría y poder, las personas mayores no tenían reparo en asumir la simbología propia de esta edad.

Sin embargo, en la sociedad actual, ser viejo es sinónimo de estigmatización, de proximidad a la muerte, de miseria material, de enfermedades indeseables y de otras realidades igualmente poco atractivas. En consecuencia, es difícil aceptar la vejez con toda su profundidad vital. Lo deseable, según lo afirmado por Fericla, es disimular las evidencias externas, sin asumir algún tipo de simbología externa (23), en contraposición de la vejez con sentido, que destaca aspectos positivos de la vejez: sabiduría, autonomía decisoria, control sobre la propia vida, plenitud del sentido vital, entre otras.

Otro elemento que debe considerarse en la sujetualidad de los ancianos y que se constituye en fuente de marginalidad es el relacionado con la territorialidad, circunscrita a los centros para viejos y las residencias de ancianos (ancianatos, centros de la tercera edad, hogares, centros día). Estos espacios constituyen territorios altamente formalizados, tienen una ubicación clara y una identificación precisa y

ofrecen servicios para satisfacer las necesidades de los usuarios, incluida la atención para la salud.

Los hogares para ancianos constituyen el territorio específico de la cultura de la ancianidad, creados por el resto de la sociedad. Es el lugar donde algunos consideran deben permanecer los viejos que demandan cuidados y se enfrentan a cambios en su escenario vital, con la consecuente experiencia subjetiva de la transición de la institucionalización, entendida como el proceso psicológico que afronta la persona para adaptarse a una nueva situación.

De esta manera, el sujeto de vejez se constituye de lógicas racionales y simbólicas, representadas en instituciones y prácticas sociales, cuyas condiciones son explicadas por las formas de existencia de los ancianos, que han sido incorporadas a los hábitos y las tradiciones de la vida cotidiana, con las cuales es posible establecer sus cambios de contenido y uso que, con el paso del tiempo, la urbanización de las costumbres, los cambios sociales y económicos, se ven reflejadas en todas las dimensiones de existencia —el cuidado de la salud, la alimentación y las relaciones familiares, entre otras— y que reciben la influencia de los procesos y transformaciones de las prácticas sociales, en general.

Por lo tanto, es posible evidenciar grupos de ancianos que envejecen de una manera típica, conforme a lo esperado por los cánones sociales actuales en la sociedad urbanizada, industrializada y escolarizada, que son la minoría en Colombia, es decir, cumpliendo con lo esperado socialmente. Se puede citar el ejemplo de los viejos urbanos con vinculación laboral formal y que esperan cumplir la edad para la jubilación, que entran socialmente en la vejez; de lo contrario, el punto que marca la vejez en la ciudad es simplemente la oportunidad que tenga la persona de conseguir su propio sustento hasta que la capacidad funcional se lo permita.

Para el caso de los ancianos campesinos, siempre y cuando permanezcan en el campo (o de los ancianos trabajadores urbanos que están por fuera del sistema de la seguridad social), la vejez es reconocida por su comunidad pero no legitimada por el rito de paso de la jubilación, porque su autoridad y experiencia de vida se sustenta en la perpetuación de un tipo de producción, que ha sido la base tradicional de la subsistencia para todo el grupo familiar. Si el único criterio para establecer el inicio de la vejez fuera el laboral, se podría afirmar que el campesino solo se vuelve viejo cuando ya no puede cultivar la tierra (24). De manera que, siendo la vejez el resultado de un proceso integral de la unidad biopsicosocial, su comprensión obliga a comprender su relatividad en diversas culturas y épocas de la historia.

A modo de conclusión

El concepto de anciano varía tanto por su aspecto social como por sus aspectos psicológico y biológico. Es imprescindible su diferenciación, ya que en este segmento de la población no es posible hablar de un grupo homogéneo. La vejez se relaciona con formas de parentesco, economía, salud, capacidad de automantenimiento, modelos de conducta, religión, marginación, moral y política, entre otros.

Así, cualquier intento por acercarse a su estudio, implica un marco más allá del ámbito de procesos biológicos y demográficos del envejecimiento. Mientras más envejecemos, más distintos somos los unos de los otros, en particular porque cada cual va construyendo su propio proyecto de vida en direcciones diferentes, y en la vejez es cuando hay más distancia entre las trayectorias individuales. Más allá de ser obra de la naturaleza y la cultura, somos también la obra de nosotros mismos, de nuestras decisiones y acciones voluntarias, los cual nos hace, en un proceso de individuación, únicos e irrepetibles, particularmente en la vejez.

En suma, plantearse una concepción de la vejez lleva a reconocer la complejidad de su abordaje, en la medida en que exige una concepción del viejo desde sus condicionamientos económicos y sociales; pero también que se considere todo el entramado de las relaciones culturales asumido en la cotidianidad, ese espacio sin recursos racionales donde se tejen silenciosamente las identidades sociales, los grandes proyectos y las transformaciones en el tiempo.

Referencias

1. Minois G. Historia de la vejez: de la antigüedad al renacimiento. Madrid: Nerea; 1987.
2. Bolles R. The three boxes of life: an introduction to life work planning. Berkeley: Ten Speed Press; 1981.
3. García M, Torres M, Ballesteros E. Enfermería geriátrica. México: Masson Doyma; 2004.
4. Pérez Pereira M. Nuevas perspectivas en psicología del desarrollo: un enfoque histórico crítico. Madrid: Alianza; 1995.
5. Rodríguez P. Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVII. Bogotá: Ariel; 1997.
6. Baltes P. Métodos de investigación en psicología evolutiva enfoque del ciclo vital. Madrid: Morata; 1981.
7. Reher D. Vejez y envejecimiento en perspectiva histórica: retos de un campo en auge. Política y Sociedad. 1997;26:63-71.
8. Rowe J, Kahn R. Human aging: usual and successful. Science. 1987;237(4811):143-9.

Bogotá (Colombia), 13 (2): 89-100, julio-diciembre de 2011

9. San Martín H, Pasto V. *Epidemiología de la vejez*. Madrid: Interamericana-McGraw-Hill; 1990.
10. Castañeda M. *Envejecimiento: la última aventura*. México: Fondo de Cultura económica; 1994.
11. Naciones Unidas. *Informe de la Conferencia Mundial de Población*. Bucarest; 1974.
12. Alonso P, Sansó F, Díaz A, Navarro C, Carrasco M, Oliva T. Envejecimiento poblacional y fragilidad en el adulto mayor. *Rev Cubana Salud Pública*. 2007;33:1.
13. Arber S, Jay G. *Relación entre género y envejecimiento: un enfoque sociológico*. Madrid: Narcea; 1995.
14. Elías N. *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica; 2010.
15. Foucault M. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI; 1991.
16. Foucault M. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Siglo XXI; 2007.
17. Thompson EP. *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica; 1991.
18. Bronfenbrenner U. *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós; 1987.
19. Elías N. *Conocimiento y poder*. Madrid: La Piqueta; 1994.
20. Trujillo S. *La sujetualidad un argumento para implicar: propuesta para una pedagogía de los afectos*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana; 2008.
21. Douglas M. *Implicit meanings: selected essays in anthropology*. London: Routledge; 2003.
22. Turner V. *Drama, field, and metaphors: symbolic action in human society*. New York: Cornell University Press; 1994.
23. Fericla JM. *Envejecer: una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos; 1992.
24. Echeverri L. *La familia y vejez en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo; 1994.